

## Anarquismo científico

El anarquismo es el resultado inevitable del movimiento intelectual en las ciencias naturales iniciado hacia fines del siglo XVIII, y que paralizado por el triunfo de la reacción en Europa, subsiguiente a la derrota de la Revolución francesa, florció de nuevo en todo su apogeo sesenta años después. Tuvo su origen en la filosofía natural de aquel siglo y sus bases no fueron completamente establecidas sino después del renacimiento de la ciencia a mediados del siglo XIX, que dió nueva vida al estudio de las instituciones y sociedades humanas sobre bases científico-naturales.

Las llamadas «leyes científicas», que tanto parecían satisfacer a los metafísicos adelantados de los primeros treinta años del pasado siglo, no tienen cabida en las concepciones anarquistas. El anarquismo no reconoce ningún método de investigación más que el científico, y lo aplica a todas las ciencias usualmente designadas como humanitarias.

Es ese el aspecto científico del anarquismo.

Aprovechándose del método de las ciencias exactas, así como de las investigaciones hechas más tarde a impulsos de ese mismo método, intenta construir todas las ciencias referentes al hombre y examina de nuevo las concepciones generales de ley, justicia, etc. Fundándose en los nuevos principios obtenidos por la investigación antropológica y ampliando los trabajos de sus predecesores del siglo XVIII, el anarquismo se colocó al lado del individuo contra el Estado y de la sociedad contra la autoridad que por herencia histórica la domina. Sobre la base de los principios históricos acumulados por la ciencia moderna, ha demostrado que la autoridad del Estado, que crece constantemente en nuestros días, no es en realidad más que una ficción o «mito superestructural» que para los europeos data solamente de los siglos XV y XVI; una superestructura levantada a beneficio del capitalismo, del oficialismo y del jacobinismo, que en los tiempos antiguos fué causa también de la caída de Roma y de Grecia y de otros muchos centros de civilización que florecieron en Oriente y en Egipto.

La autoridad, constituida a fin de unir a los nobles, a los magistrados, a los guerreros y a los sacerdotes para la mutua protección y defensa de sus intereses de clase, fué siempre obstáculo a todo intento del hombre para darse una vida algo más segura y libre, y esa autoridad no puede llegar a convertirse en un instrumento de felicidad, del mismo modo que el cesarismo, el imperialismo y la Iglesia no pueden convertirse en instrumento de una revolución social.

En economía política, el anarquismo ha llegado a la conclusión de que los males de nuestra época no son originados por la apropiación capitalista de la «superválida» o beneficio neto, sino del beneficio del hecho mismo de que el beneficio neto o superválida sea posible. Esta apropiación del producto del trabajo humano por los poseedores del capital existe únicamente porque millones de hombres no tienen literalmente de qué vivir a menos de que vendan su fuerza productora y su inteligencia a tal precio que haga posible el beneficio neto del capitalista y la superválida.

Por eso nosotros creemos que en economía política el primer capítulo a estudiar es el del consumo, no el de la producción; y cuando una revolución estalle, el primer deber a cumplir será el de arreglar el consumo de tal modo que queden asegurados a cada uno y a todos. Así la producción tendrá que ser organizada a fin de que las necesidades primordiales de todos los miembros de la sociedad sean satisfechas en lugar preferente. Por esto es también por lo que el anarquismo no puede considerar la futura revolución como una mera sustitución del oro por el bono del trabajador ni de los actuales capitalistas por el Estado capitalista universal. En la revolución venidera los anarquistas ven un primer paso hacia el comunismo libre, no intervenido por el Estado.

Pedro Kropotkine.

Boicot a los productos de la Compañía Argentina de Tabaco

## NUESTROS EDITORIALES

De nuestra Redacción en la Cárcel

## La labor de los caudillos en el movimiento obrero

Nombres y palabras diferentes. Un «lema» propio: el sindicalismo.

Adehuamiento de la solidaridad. La razón y la justicia de los amos. El asunto «Quilmes».

Detrás de las cosas que, con distintos nombres y palabras, vienen sucediendo desde hace varios años en el campo del movimiento obrero, una cosa puede verse clara, que es en realidad origen y resorte de todo: la voluntad de dominación de algunos caudillos que, encajados al movimiento obrero, como hiedras del parasitismo, no tienen otro objeto ni otra intención que la de ser en él un quiste que, poco a poco, vaya absorbiendo su representación ficticia, para obrar como parásitos aduenados, y comprar y vender las luchas, las huelgas, etc.; y los actos producidos por ellos, en su desesperada lucha por la vida, para trabar, impedir, dificultar, reprimir y aún castigar, aquella otra agitación o movimiento de aquellos trabajadores, que, fuera de su escudo o de su protección no se han atrevido a sustentar reivindicaciones completas, y a dar, sin su precioso auxilio u ordenamiento, tal cual puntada en los hechos, que constata la inteligencia y el poder de los trabajadores solos.

La división o la enemistad obrera, que no existe para lo fundamental, que es ir contra el Estado y el patrón, fomentada con distintas hipocresías, y hasta con un esmo, traído especialmente para el caso, — el sindicalismo, — no responde a otra causa que la apuntada. Y esto, cualquier obrero que piense serenamente y no se deje ilusionar por los cartelones con que se busca hacerse seguir de ellos, para consagrar el caudillismo de fulano y de mengano, a veces concurrentes y rivales, puede verlo, con solo observar la forma en que se encaran las más graves cuestiones, aún aquellas que afectan al proletariado en lucha y pueden darle el éxito o la victoria frente a la intransigencia y los medios poderosos de los patronos, por estos dueños celosos de la inteligencia de los obreros, que se alzan como cortinas aisladoras, exigiendo para la entente o buen acuerdo de los trabajadores, condiciones que éstos no han pensado imponer entre sí, y que se convierten en piedras de discordia o de división, con gran regocijo y satisfacción suya...

Viene, por ejemplo, como ha ocurrido tantas veces que es cansado repetir, la prestación de solidaridad, ese acto primo, que no debía discutirse siquiera, que debía ser natural y espontáneo como la ayuda que se presta a un compañero en dificultad, y éste es el sentir de los trabajadores; y ocurre que la solidaridad no se presta porque no se ha contentado antes el caudillo fulano o zutano, que, por estar descontento, es enemigo o rebelde! De esta manera trata él de obligar a que, lo principal, se esté bien con él; y por los perjuicios o dificultades que pueda acarrear, — no por las buenas obras o beneficios, — se le reconozca y acepte, se le conceda autoridad, poder, derecho de atar y desatar, y, finalmente, los trabajadores hagan o se sometan a lo que es su voluntad. Viene luego, como segunda parte obligada, la inculpación a los mismos trabajadores de su aislamiento o falta de apoyo por parte de los demás trabajadores, por no haber sabido pasar, primeramente de reunirse, asociarse y poner a luchar, por las horas caudinas de su caudillismo y deseo de dominación; y la indispensable receta de «fusión» o «unificación» obrera, que, por venir de quien viene suscrita, esto es de los que un momento antes han sido insolidarios y se han mostrado insensibles a los llamamientos más patéticos y angustiosos de los obreros en lucha: por esto, decimos, caída, como merecida, en el mayor descrédito...

Así planteada, a raíz de muchos movimientos con los que se ha sido insolidarios y han perdido los obreros y ganado los patronos, claro es que esta unión o «unificación» que se dice, es con ellos, los caudillos, para tenerlos favorables, y no volver a tenerlos enemigos o en contra. Púese descontarse la conciencia que pesa en estos individuos; y si no solamente no aceptarlos, sino eliminarlos, debe ser la preocupación y el afán de los trabajadores.

Ellos son los que exclusivamente se interponen para impedir la entente o el acuerdo entre los trabajadores, cuando lo necesitan en la lucha; ellos han introducido el sistema de la discusión y el aplazamiento cuando, como en los pedidos de solidaridad, no «debe discutirse ni vacilar siquiera, sino darse o no darse. Ellos han introducido otras cuestiones en las que no han pensado los trabajadores; ellos, finalmente, han inventado la forma de resolver la justicia o la procedencia de un pedido, considerando la razón de los amos en equivalencia y aún con prioridad a la de los obreros, como ha sucedido con el boicot a la «Quilmes», y anteriormente con otros casos. Para sostenerlos a ellos, para que sigan desempeñando su papel ingrato para la solidaridad, las sociedades han de estar divididas, mirarse de reojo, no responderse ni comunicarse, y han de mostrar con su silencio y mudas el poder y la fuerza del caudillo, para que al fin todo el mundo se convenga de que es necesario pactar o transar con él.

«Sin los caudillos no puede haber solidaridad, y con los caudillos descontentos, menos: ¡no! ¡hombres! ¡obrerros! por sobre el caudillo, su descontento, aún su consideración por la razón de los amos a los que puede estar vendido, debe haber solidaridad! No cometáis la torpeza de otras veces de dejarle adueñarse de tan precioso instrumento: sólo tienen valor los caudillos lo que puedan disponer negativamente de vuestra solidaridad. Reducid cuanto les permitis a este respecto; si os confiáis a ellos os engañarán, como os han engañado con el asunto de la Quilmes, presentando cuidadosamente las razones de los amos y malpresentando las de los obreros... Vosotros debéis tener una sola manera de mirar las cosas, también en esto contraríos a los caudillos: que todo lo que piden los obreros es justo; que si un patrón ha dado una mínima concesión y los obreros piden más, también es justo, no tienen razón los patronos; y que si los obreros quieren pasar más adelante, también es justo y siempre justo!»

«Daos cuenta que estaría mal si vosotros, estando en una lucha mañana y en el caso de pedir la solidaridad, por las que los patronos os prometieron una cosa y no la cumplieron y os engañaron, los trabajadores, vuestros mismos hermanos, en vez de aceptar o daros crédito a vosotros, lo dieran a los patronos. Es lo que, en este caso, os han hecho hacer los caudillos para poder negar la solidaridad, que ellos se han encajado a la han de tener los trabajadores, si no los aceptan y pasan por las horas caudinas de su esmo» y de sus cosas...

T. Anjillí.

## ACTUALIDAD

### Un torneo de faroles

Hubo en la cámara el miércoles un torneo de faroles. Palacios — ¡el revolucionario de escarpate! — le puso fuego a las mechas que tienen para sustituir talentos los diputados. Y ardieron como teas, chisporroteando.

Hay cada guapo en la cámara!... De esos guapos que temblaban hasta ordenarse cuando el Centenario. — Claro, bastó que mentara su tradición de coraje — ¡oh! cuál coraje! —, su honor que le viene de la raza, — macana, le viene nada — ¡y su caballerosidad!... Desenvainaron y ardieron. ¡Qué tigres!

Un torneo de faroles, mi hijito. Fuera de ahí, de ese sagrado recinto, ninguno de ellos resiste un palo. El Gallo ese, como el Roca, o se hacen aguas menores o gallinas. ¿Dónde estaba ese «batallas» terrible cuando el 4 de Febrero?...

Han vindicado a Palaços del repudio de los otros — otros qué tales! — ¡por

odio a los «golondrinas» de la política, a los inmigrantes de la cosecha de votos. Nada más. El honor se lo pasan por el ombligo a cada vuelta de esquina estos caballeros.

Honor aquí?... Aquí no hubo más honor que robar mucho, irse hasta el hombre de un uñazo al presupuesto, violar desde la constitución hasta las propias hermanas. ¿Quién se atreve a desmentirnos?...

Honor aquí?... Faroleros! A este paso van a repartir diplomas a los que oírnen más lejos...

Total: Palacios no es diputado ya, renunció su banca. Los socialistas la gozan. Y el honor sigue encendido, honrando a todos. ¡Qué tigres!

### Basilio Alvarez

He aquí un fraile que se sale de los hábitos, pero que no llega a meterse en un par de pantalones. Aunque haya dado sopapos — metafóricos, es claro, — y dicho que la dinamita huele a incienso, sigue igual, fraile, fraile uo fraílón. A hombre no alcanza.

Nosotros dijimos de él, hace tiempo, que era un rico tipo. Mundano, fuerte, nervioso, cuando habla el físico se le aclara como si fueran de luz sus frases. Se moja de alma, se limpia, como una planta después que pasó la lluvia.

Es popular en Galicia. Es famoso en toda España. Sus discursos los leen temblando los ricos. Los campesinos le oyen y aprietan los puños. Tiene una lengua maestra para tallar, en el tronco del

viejo odio de los siervos de la gleba a los señores feudales, dioses de «vindicación». Donde levanta tribuna se alza una hoguera a sus pies. Los fabricagos acuden de la montaña a cuestas con sus rencores rescos, como con finas. Le prende fuego en los háces y sopla y sopla. Las llamaradas lo alumbran, y lo recortan sobre un fondo de apoteosis, entero, orlado de flejós rojos y negros. Trágico. Toda Galicia lo ve. Los diarios lo llevan de un punto al otro en sus alas. Es famoso en toda España.

Telegramas de Madrid, decían entonces que había triunfado también en el Ateneo. Con el pretexto de que el Obispo de Orense lo separó de una parroquia de aldea, dió un discurso terrible en la «docta sociedad». Y lo yelamos tal cual: mundano, fuerte, nervioso, echando luz por los poros, aclarándose al discurso como árbol después del agua. Como lo habíamos visto en la Habana...

Y bueno: ahora está aquí, desde anteaer el apadre Alvarez. La aventura lo ha corrido de Galicia, lo ha hecho saltar sobre el barco con las sayas remanadas, cenidas a sus ríones de septental. Está aquí este rico tipo que tiene cuanto es preciso para vencer de la vida: cinismo, salud y yerba. ¿Qué político puede decir que tiene algo más? Pero que no tiene enjundia para salir de sus hábitos y entrar, entero y desnudo en un par de pantalones.

Viene de cura, sin más. Viene a decirle discursos a sus paisanos gallegos. Ha hacer su América, a vivir de sus terribles mortforas, viene acá. Fraile, fraile uo fraílón. ¡Rico tipo!...

## Crónicas Internacionales DE LONDRES

Ustedes han oído hablar de los jueces ingleses como los más rectos, los que más amoldan sus hechos a honrar la frase: Justicia. Es, sin duda, porque no se ha visto más que una parte de la medalla. Durante la huelga de tranviarios, dos empleados fueron citados ante el mismo juez porque cada uno tenía en casa un perro sin pagar la matrícula.

El uno era huelguista, el otro no. Al huelguista el juez le apostrofó, le llamó mal inglés, incomodador del público, etc., y lo condenó a pagar diez shillings. Por el segundo se presentó la mujer.

—¿Su marido es huelguista? — preguntó el juez.

—No, señor, — respondió.

—Pues retírese.

Aquí se ha dicho que no se cierran los ojos a la razón, pero se cerraron. La huelga no es un delito en Inglaterra. No era por la huelga que el empleado del tranvía comparecía ante el juez, sino por no haber pagado la matrícula del perro. ¿Merecía este delito un castigo de 10 shillings? Bien, no habla más que imponérselos sin emplear insultos, por cosas ajenas a las que constituían el delito... Pero si el no pagar la matrícula de un perro merece el castigo de diez shillings, el juez robó al Estado al no castigar al otro. O castigó a uno injustamente o con exceso, o perdonó al otro injustamente.

El deber del juez era castigar a los dos por igual, porque igual era el delito; pero si el uno le simpatizaba por ser traidor a sus compañeros, no es a expensas del Estado cómo debía demostrarle su gratitud, sino castigándolo como al otro, y echando mano a su portamonedas haberle pagado la multa a que el delito lo hubiera hecho acreedor.

Lo demás es deshonrar la Justicia, aunque la pobre no sé si le queda ya por donde deshonrarla.

No, señores, en Inglaterra no existe ni se quiere imponer el servicio militar obligatorio. La conducta de las empresas tranviarias, seguida por muchas compañías responde a esa libertad. Pero si no se impone el servicio militar obligatorio, se impone el trabajo militar obligatorio.

Lloyd Georges — el famoso fabricante de la camama llamada «ley de seguros a enfermos», que nadie era el delirio, cuyo valor se demostrará al saber que a ni hijo, después de más de dos años de cohabitación no le quisieron dar una «bonita», de un shilling porque era cara — es actualmente el ministro de municiones y quiere obtener el derecho, y lo obtendrá, de poder visitar fábricas y ta-

lles y escoger los obreros que crea serle útiles y obligarlos a trabajar para la guerra.

Para realizar esta labor, sin duda, ha convocado a los representantes de las federaciones siguientes: «Nacional Amalgamated Union del Trabajo», «La Workers Union», «Unión nacional de Calzados», «Amalgamated (confederación) de fabricantes de herramientas», «Unión de metales y fundidores», «Constructores de calderas y obreros de barcos en hierro y acero», «Asociación de maquinistas del Norte», «Unión de Modelistas», «Obreros en chapas de hierro y laminados», «Maquinistas y palidores de metales del Oriente de Escocia», «Unión nacional de forjadores y martilladores», «Constructores de barcos y carpinteros de ribera», «Comité parlamentario, Amalgamated de cocheros e hiladores», «Amalgamated de carpinteros y jantadores», «Unión nacional de constructores de coches», «Unión de Londres y provincias de ídem», «Unión general de obreros en hierro», «Federación general de Trades Unions», «Federación de hierro y acero» y «Federación nacional de transportes».

Todas estas representaciones que forman la aristocracia obrera, — que ha olvidado ya lo que cuesta sudar el pan, — es seguro que han prometido al ministro su concurso que será importante, pues dado que en los talleres se hace la «cohabitación por un miembro escogido por los mismos obreros, estas «colectas» pueden poner a los comités al corriente de los obreros de cada taller; o departamento y los comités al ministro, de forma que, sin visitar un taller, sepa qué obreros le convienen.

Ben Tillet, el leader de los transportes que tiene fama de ser de los más «adictos», aun que su «cura» lo hace sospechoso, fué quien más contribuyó a que fueran vencidos los huelguistas de Dublin en el congreso que para defenderlos celebraron y nada hizo más que defender a los empleados obreros, o a los funcionarios trade-unionistas, de las acusaciones que se les lanzaba; ha visitado el frente, según nos cuenta la prensa, ha recorrido en automóvil la Francia, visitado el Estado Mayor, etc., y la guerra, como tantos otros, le ha hecho, a la vez que un leader obrero, un criado del gobierno.

¡Oh, qué leadres obreros tiene Inglaterra! Pronto el obrero inglés se emancipará de estos directores sin escrúpulos.

Hace unas semanas me visitó Friedberg, un socialista que yo creo el más sincero y que conoce bien a los vividores ingleses. Me leyó un recorte de un



